

L. Frau Marsal

El autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* se brinda como mediador entre Carranza y Wilson.

Sangre y Arena en opereta; 5000 dólares por tres cuentos; su nueva novela *Los enemigos de la mujer*; dos millones de volúmenes vendidos de *Los cuatro jinetes*; Blasco Ibáñez conferencista, autor de películas y hombre de acción

ENTREVISTA CELEBRADA EN NUEVA YORK CON EL SR. D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ POR EL DR. LORENZO FRAU MARSAL, DE LA REDACCION DEL *DIARIO DE LA MARINA*

(*Diario de la Marina*, 16-12-1919; *El Mundo* [Puerto Rico], 31-12-1919)

Blasco Ibáñez amigo del agua

Don Vicente Blasco Ibáñez —cuyos últimos retratos tienen un notable parecido con los del señor Orestes Ferrara— vive actualmente en el piso décimo séptimo del Hotel Belmont. En el cuarto número 851 ¡Una pequeña alcoba, de sencillo menaje, que el señor Blasco ocupa muy a disgusto, pues jamás le sirven a tiempo el agua fría que solicita...!

Hablé cuatro veces con el señor Blasco Ibáñez. Siempre le vi suspirar por un poco de *ice water*.

—Es que me canso de pedirla ¡Y nada...!

Estuve a punto de preguntarle al quejoso orador.

— Y ¿da usted propinas...?

Pero lleno de respeto y de cortedad, me limité a sonreír con tristeza, infinitamente apesadumbrado

Vicente Blasco Ibáñez que nació —como ustedes saben— en la ciudad de Valencia el 29 de enero del año de gracia de 1867, es un orador infatigable. Habla, de noche, en público, Perora, de día, sin descanso ¡Es natural que se le seque mucho la garganta!

Sesenta mil pesos en tres semanas

Yo visité —como les decía— cuatro veces distintas al señor Blasco Ibáñez. Él me cree un empresario de variedades. El autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* —novela vertida al inglés por la librería Dutton— vino a Nueva York para exhibirse en público. *Los cuatro jinetes* han cubierto, en poco tiempo, una gran jornada. Pasan a estas horas de dos millones los volúmenes vendidos. Blasco Ibáñez —negociante en política, en tierras y en literatura— se ha apresurado a salvar con este viajecito un error muy sensible. Blasco Ibáñez vendió en París *Los*

cuatro jinetes por la ridícula suma de cinco mil francos. Las conferencias norteamericanas y otros excesos le han dado ya al gran hombre de negocios sesenta mil pesos de utilidad. El editor Dutton —que tiene por lo visto, conciencia— le acaba de hacer un regalo de doscientas mil pesetas...

30 000 pesetas en champán

Blasco es viejo. Los fotógrafos le han favorecido. Calvo, grueso y lleno el rostro de arrugas, tiene un aspecto de profundo cansancio. Yo sentí tristeza al contemplarle. Me pareció preocupadísimo, roído por un dolor profundo. Le supuse en quiebra, falto de dinero. Creí que había atravesado el mar —como otro argonauta— en busca del moderno vellocino de oro...

Pero Blasco —que me cree un empresario teatral— no cesa, de ponderar sus riquezas.

—Señor Frau... Usted me ofrece muy poco. Cuatro mil pesos ¡para mí no significan nada! ¿Veinte mil pesetas? ¿Qué son, señor Frau, veinte mil pesetas?

—El cambio está muy alto, Blasco. Y además, como le he dicho, yo corro con todos los gastos.

— Pero ¿ir a Cuba por veinte mil pesetas? ¡Ni soñarlo! Yo no soy un Zamacois, un Alarcón, un Cavestany, en fin. Para los pobres literatos españoles —que no saben lo que es correr mundo— veinte mil pesetas, y los gastos pagos, son una tentación, son un desvanecimiento. ¡Yo me las tomo en champán, como si tal cosa, en unos cuantos días!

—En París quizás. Aquí, tal vez no.

—Y ¿por qué no?

—Hombre, por la Ley Seca...

—Bueno ¡si es cosa de hacer chistes!

Blasco Ibáñez tiene casas y cosas

Yo me presenté a Blasco Ibáñez de este sencillo modo. Subí al piso decimoséptimo del Hotel Belmont —calle 42 frente a la estación del ferrocarril del Grand Central— y le dejé al señor secretario de Blasco esta expresiva tarjeta

—L. F. Marsal. Desea verle. Asunto: negocios teatrales. Tournee Cuba y Santo Domingo — Dinero «cash». Deme una cita al Hotel Mc. Alpin. Room 2140.

No había llegado yo al hotel cuando la cita estaba ya concertada. El señor Mirque —Joseph F. Mirque, «special representative of Hotel Mc. Alpin»— me entregó esta esquela:

—Dice el señor Blasco Ibáñez que le espera a usted mañana de 8 a 10 a. m. en su cuarto del Hotel Belmont.

Blasco Ibáñez —al día siguiente— me habló de sus grandezas, para justificar el profundo desprecio que le merecían los cuatro mil duros y los gastos pagos, que le ofrecí.

—¡Yo no soy un pobrete! No soy un literato español de los que salen de viaje con una sola muda de ropa en la maleta. Yo tengo casa en París, casa en Madrid, casa en Niza. Soy dueño de algunas tierras en la Argentina iy sé lo que es un automóvil propio! ¿Cuatro mil duros? Pero ¿está usted loco? Cuatro mil duros, ¿que son para mí...?

Hubo una pausa. Y luego gritó el señor Blasco:

—Suárez agua

El señor Suárez es en Puerto Rico inspector de escuela. Aquí funge de Secretario particular del señor Blasco Ibáñez. Es suave, bajito, rechoncho, gelatinoso...

—Suárez, agua.

—No hay agua. Hace dos horas que la pedí...

—Nunca hay agua aquí. ¡No hay nada! El servicio es detestable. Pues como le argüía, cuatro mil pesos para mí no son nada. Yo soy rico...

Buscando un cuarto más barato.

—Y ¿cuánto paga usted, aquí, por este cuarto...?

El señor Suárez, que es un secretario muy expansivo, exclama:

—¡Le cargan ocho dólares por día!

—Y ya ve usted, agrega Blasco, no tengo ni un salón de recibo. ¡Hasta me da vergüenza!

—En el Mc. Alpin viviría usted mejor. Mucho mejor, y más barato.

—¿Cree usted?

— Seguro, Blasco, seguro. . .

—Yo quisiera un cuarto por cuatro pesos.

—Se lo buscaremos, Blasco; véame usted mañana.

—¿Le parecen a usted, Frau, muy temprano las nueve?

—Es una buena hora. Blasco. Y volviendo a la tournée por Cuba y Santo Domingo, ¿qué me dice usted en definitiva?

Es el hit de Nueva York

Blasco Ibáñez, abogado, agitador tumultuario, político, duelista y literato fundó en 1891 el diario El Pueblo y fue diputado a Cortes seis veces consecutivas; pero desde el año de 1909, vive dedicado en cuerpo y alma a la novela y a los viajes de negocio. Su tournée por la Argentina —efectuada en 1910— le valió más de un millón de pesos. Los Estados Unidos tal vez le produzcan ahora el doble.

En esta República de Norte América todo el mundo admira a Blasco Ibáñez. Las actrices tienen a gala que las retraten con él. Los empresarios de cine lo adulan. Los autores teatrales le agasajan. Los millonarios le invitan a comer. Y los mismos financieros de Wall Street le pasan la mano. Don Vicente Blanco Ibáñez, que tiene un talento práctico muy grande y una audacia sin límites, le ha

prometido a esos banqueros arreglarles —apenas sus conferencias se lo permitan— el problema de la frontera de México.

Sus conferencias han obtenido aquí un éxito loco. La *réclame*, muy bien encauzada, agota en taquilla las localidades. Este pueblo es muy novelero. Se apretuja en los pasillos por ver a Dompsey, el boxeador. Acude al Metropolitan, para admirar al rey Alberto. Y paga ahora dos pesos por oír la voz ronca de Blasco Ibáñez. Este diserta en español. ¡Nadie lo entiende! Pero... ¡el público sale encantado del teatro! Ha oído a Blasco Ibáñez; ha visto a Blasco Ibáñez. ¡Estuvo codo a codo con el autor de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*! ¡Valía la pena de aburrirse y de bostezar un rato!

Yo que entiendo bastante bien el español, no he asistido a ninguna de esas conferencias. Blasco Ibáñez, orador de barricada —que se liaba a golpes en las calles de Valencia con Rodrigo Soriano—, Blasco Ibáñez, tribuno; Blasco Ibáñez, conferencista ambulante, ¡me interesan muy poco! El autor admirable de *Flor de mayo*, gran poeta, gran psicólogo, gran artista, tiene en cambio todas mis simpatías, todo mi afecto y toda mi admiración. Blasco Ibáñez es hoy famoso por *La barraca*, por *Cañas y barro*, por *Arroz y tartana*. Y también por estos *Cuatro jinetes* que le han llevado al través de Norteamérica y en un galope febril al triunfo y a la gloria.

El quid de su viaje a los Estados Unidos

—¿Cuál es el objeto de este viaje suyo? —le hemos preguntado a Blasco Ibáñez.

—Conocer este país.

—¿Qué le parece a usted Nueva York?

—¡Hay mucho que cortar! Ya lo diré todo en una novela que tengo medio planeada. Yo proyecto escribirla de modo que la primera parte de esta novela se desarrolle en Cuba. La Habana, por ejemplo. Por eso desearía ir a Cuba. Pero ¡cuatro mil pesos es muy poco! Suba usted algo, Frau. Yo no soy exigente Me gusta ganar dinero... y que mis empresarios ganen... ¡Ah! Y lo mismo doy veinte conferencias que treinta, o que cuarenta... Yo aspiro solo a una suma redonda. Hágame otras proposiciones. Estúdieselo usted con calma. No se trata de puñalada de pícaro. Debo decirle que Santos y Artigas.

—Sí, Blasco, pero.

—No me interrumpa usted porque entonces no voy a acabar nunca. ¡Usted ve, me ahogo!

—Y está usted ronco, además.

—Eso es ahora, en privado. En público, como grito, desaparece esta ronquera. Suárez, tráigame usted el pulverizador.

Y el insigne novelista abrió la boca cuánto pudo, y se introdujo casi hasta la laringe un tubo de goma.

—Tengo la garganta destrozada.

El novelista más popular

El buen éxito de *Los cuatro jinetes* decidió al editor Dutton. Toda la obra de Blasco Ibáñez está siendo traducida al inglés. Son millones y millones de volúmenes. ¡Para facilitar la venta de estas millonadas de libros ha venido Blasco a América! Las conferencias son una parte de la propaganda. Blasco Ibáñez, además, escribe cuentos, hilvana películas, bosqueja novelas.

***Los enemigos de la mujer* y Santos y Artigas**

—*The Chicago Tribune* —dice Blasco Ibáñez— me ha pedido tres cuentos. ¡He aquí el cheque! Es un cheque de cinco mil duros. El *Saturday Evening Post* me ofrece tres mil dólares por una página. El diario *New York American* acaba de pagarme veinticuatro mil pesos por un simple permiso. El *New York American* va a publicar, en folletín, mi nueva novela *Los enemigos de la mujer*. Nunca supuse que valiese tanto una autorización. Además, Mr. Barrymore está «montando» una obra de gran aparato: *Sangre y arena*. No sé quién le pondrá la música. Esta opereta debe estrenarse en noviembre de 1920. Y hay media docena de directores de firmas de cinematógrafos que no me dejan vivir. Después de llevar al *film La catedral, La bodega y Los cuatro jinetes*, quieren que yo les «redacte» una película de episodios. En eso estoy.

»Todo lo cual quiere decir —agregó Blasco Ibáñez— que los cuatro mil pesos que usted me ofrece —para dar conferencias en Cuba— es muy poco... ¡Suba usted algo más la oferta! Como le empecé a decir antes, Santos y Artigas, de la Habana, me han hecho proposiciones. ¿Conoce usted a esos señores?

—¡Cómo no!

—¿Son solventes?

—Tienen un crédito ilimitado, infinito. Son millonarios ya. Y cumplen sus contratos al pie de la letra. Basta pactar con ellos de palabra. Esta palabra es una escritura.

— Y ¿a qué se dedican en Cuba?

— Ahora, al negocio de circo...

— ¿Eh?

— Al circo y al cine. Su especialidad.

—Caramba, entonces, ¿es que me quieren exhibir como un bicho raro?

—No. Santos y Artigas conocen bien el negocio y sabrán presentarle al público con la distinción que usted se merece. Pacte usted con ellos. Yo puedo ofrecerle solamente esto: cuatro mil pesos al contado; los gastos por mi cuenta; y las utilidades al cincuenta por ciento. Un mes de tourné.

—Deme usted doce mil pesos para empezar...

—No puedo.

—Bueno, concretando —porque se va haciendo tarde—. Yo no voy a Cuba si no me garantizan veinte mil pesos. Esa es mi resolución. ¡Y ponga usted las conferencias que quiera! Lo mismo me es dar treinta que cuarenta. ¡Yo las improviso!

En España, soy republicano; fuera de España...

Tuvimos que declinar el honor de ser empresarios de Blasco Ibáñez, caballero — desde el año 1906— de la orden francesa de la Legión de Honor.

¡Era mucho dinero!

—Imposible, Blasco...

— Pero ¿ignora usted, Frau, la bilis que yo voy a tragar...? Yo lo sé por experiencia, ¡Ya tengo noticias de los españoles de Cuba! Los de la Argentina son duros! Pero... ¡en Cuba...! ¡Yo sé lo que es esto...! Pero pierda usted cuidado. Yo sabré pararles los pies en seguida. ¡En la Argentina me recibieron con vivas a la República! Yo salí al balcón del hotel y les dije:

—Señores: no quiero oír más ese grito. Yo soy republicano en España, donde ser republicano significa algo y tiene algunos peligros; republicano allí, en la barricada, en las elecciones, en la tribuna. Pero aquí —fuera de España — yo soy solo español. ¡Y no hablemos más de política!

Mediador entre Carranza y Wilson

Blasco Ibáñez me anunció una larga excursión al través de Méjico...

—La frontera, me interesa mucho.

—Pues, al recalar el vapor en la Habana, desembarca usted, Blasco; da cinco o seis conferencias ¡y sigue después viaje!

—¡Ca! ¡Yo no desfloro así un negocio! Cuba me atrae de veras. Pero ¡yo he de ir a Cuba por un mes al menos, o no voy! Yo tengo un vivo cariño por Cuba. No ignorará usted que yo soy discípulo de Pi y Margall. La libertad, la independencia de Cuba fue defendida por nosotros. Me condenaron en España inclusive, por estas defensas, a doce años de presidio... Juzgue usted si desearé conocer ese país. . .

—Y he oído decir, Blasco, que va usted a mediar entre Carranza y Wilson.

Blasco Ibáñez —afónico y acatarrado— apenas puede hablar ya... Se trata, desde luego, de una afonía accidental, pasajera... Dos horas duró nuestra conversación. El cielo plomizo amenazaba tormenta. El frío era terrible.

—¡Demonio, pues sí que sabe usted cosas! Yo me considero capaz de todo. He sido millonario tres veces ¡y volveré a serlo una cuarta!

—Ahora tengo que ir a «lunchar» con Morgan...

—Abríguese, Blasco.

—Oh, sí... Suárez, tráigame usted el gabán de pieles Este abrigo vale ya los cuatro mil duros que usted me ofrece...

—Adiós, Blasco, se ve que son muy legítimas.

—Adiós, Frau. Piense mejor eso.

—¡Ah! ¿Me dijo usted que mañana, a las nueve, me espera en el Mc. Alpin?

—¡Hombre, búsqume usted un cuarto más barato! Esto es un robo. ¡Ocho duros por una mala cama! Y ¡qué servicio!... Suárez, oiga usted, ¿trajeron ya el agua fría?

—¡Ca...! ¡Aquí no le hacen caso a uno...!

—¡Ya lo oye usted!

New York, noviembre de 1919.